

¿Has olvidado lo que Dios ha echo? // Salmo 135

El Salmo 135: responsabilidad, identidad cristiana y gratitud ante las dificultades

Las tragedias, las dificultades personales y los desafíos de la sociedad nos llevan a reflexionar sobre la fragilidad humana, la responsabilidad individual y el papel de Dios en nuestra vida. Ante acontecimientos como los accidentes ferroviarios, las catástrofes naturales o las crisis sociales, surgen preguntas sobre el sentido de lo que ocurre, las decisiones humanas y la intervención divina. El Salmo 135 ofrece una perspectiva desde la fe para recordar las obras de Dios, reconocer nuestra dependencia de Él y comprender la importancia de vivir con autenticidad, gratitud y esperanza.

La fragilidad humana y la responsabilidad ante las tragedias

El accidente ferroviario ocurrido en Los Yébenes, Toledo, en el que dos trenes colisionaron y dejó un saldo preliminar de más de cuarenta personas fallecidas, pone de manifiesto la importancia de investigar las causas de las tragedias y determinar las responsabilidades correspondientes. El hecho de que un tren impactara por detrás a otro plantea interrogantes sobre el funcionamiento de los sistemas de control, la señalización, el frenado y el mantenimiento de las infraestructuras. También surge la necesidad de examinar si existieron deficiencias en la inversión destinada a la seguridad ferroviaria o errores humanos que contribuyeran al

accidente.

Esta situación recuerda el accidente de la curva de Angrois, en el que el maquinista fue declarado culpable, aunque también se ha cuestionado si la responsabilidad se concentró excesivamente en él sin prestar suficiente atención a los sistemas de seguridad. Estas tragedias nos obligan a reflexionar sobre la responsabilidad individual y colectiva, así como sobre la necesidad de no buscar explicaciones precipitadas antes de conocer los hechos.

Ante acontecimientos dolorosos, muchas personas se preguntan por qué Dios permite que sucedan estas cosas. Sin embargo, desde una perspectiva cristiana, también es necesario considerar el libre albedrío y la responsabilidad que corresponde a los seres humanos. La falta de diligencia, el incumplimiento de las obligaciones y la tendencia a eludir las consecuencias de nuestras decisiones pueden tener efectos graves en la vida de los demás.

La responsabilidad forma parte de la condición humana desde los primeros relatos bíblicos y continúa siendo un principio fundamental en la convivencia. Se manifiesta en acciones cotidianas, como cuidar adecuadamente de los animales, cumplir con las obligaciones fiscales, actuar con honestidad en la política y desempeñar con rigor las responsabilidades profesionales. Cuando una sociedad normaliza la negligencia y la evasión de responsabilidades, se deterioran tanto la confianza como las condiciones necesarias para el bienestar común.

El Salmo 135 y las obras de Dios en la historia

El Salmo 135 comienza y termina con una exhortación a alabar y bendecir al Señor. Esta estructura enmarca un recorrido por las acciones divinas y recuerda al pueblo de Israel los

acontecimientos que forman parte de su historia. El salmista menciona la liberación de Egipto, las plagas enviadas contra el faraón, la derrota de sus ejércitos y la victoria sobre reyes poderosos antes de la entrada en la tierra prometida de Canaán.

El propósito de recordar estos acontecimientos no es únicamente conservar la memoria del pasado, sino despertar la gratitud y fortalecer la fe. El pueblo de Israel recibió una tierra en cumplimiento de una promesa hecha a Abraham aproximadamente quinientos años antes. La historia se convierte así en un testimonio de fidelidad que debe transmitirse a las nuevas generaciones.

El salmo invita a centrar la atención en las obras de Dios en lugar de limitarse a cuestionar su presencia ante las dificultades. Esta perspectiva no significa ignorar el sufrimiento ni dejar de buscar soluciones a los problemas, sino recordar que la fe también se alimenta del reconocimiento de aquello que se ha recibido y de las experiencias que han marcado nuestra trayectoria.

El salmista presenta a Dios como Señor de la creación, capaz de actuar sobre los vientos y las aguas. Desde esta visión, la naturaleza forma parte de un equilibrio que permite la vida en el planeta. Los fenómenos geológicos, las erupciones volcánicas y otros procesos naturales muestran la complejidad del mundo en el que vivimos, mientras que los desequilibrios provocados por la actividad humana, como la acumulación de plásticos en los océanos, evidencian las consecuencias de nuestras propias decisiones.

El cambio climático también plantea desafíos importantes para las poblaciones más vulnerables, incluidas comunidades del Pacífico afectadas por la subida del nivel del mar. Frente a estas realidades, la reflexión cristiana debe conducir tanto a la confianza en Dios como al reconocimiento de la responsabilidad humana en el cuidado de la creación.

La autosuficiencia y las máscaras sociales

En los momentos difíciles, muchas personas vuelven su mirada hacia Dios porque descubren que su capacidad para controlar la vida es limitada. En cambio, durante los periodos de tranquilidad, el orgullo y la autosuficiencia pueden llevarlas a pensar que no necesitan ayuda. La vida urbana y las dinámicas sociales contemporáneas alimentan en ocasiones una sensación de independencia que no siempre se corresponde con la realidad.

La fragilidad humana se manifiesta de muchas maneras, desde las enfermedades graves hasta las situaciones emocionales que desbordan nuestra capacidad de respuesta. Existen afecciones que se originan en el propio organismo y que muestran que el cuerpo humano no está completamente bajo nuestro control. Estas experiencias recuerdan que la vulnerabilidad no es una excepción, sino una parte de la existencia.

Sin embargo, la sociedad suele premiar la apariencia de fortaleza y castigar la expresión de la debilidad. Durante generaciones se ha transmitido a los hombres la idea de que no deben llorar ni mostrar sus sentimientos, lo que ha dificultado que muchas personas expresen el dolor, la tristeza o el miedo. Esta represión emocional crea una distancia entre lo que realmente sentimos y lo que creemos que debemos mostrar a los demás.

Reconocer nuestra fragilidad no significa renunciar a la responsabilidad ni a la fortaleza personal. Significa aceptar que necesitamos apoyo, aprender a expresar nuestras emociones y dejar de construir una imagen de invulnerabilidad que impide establecer relaciones sinceras. Desde la fe, esta aceptación también puede convertirse en una oportunidad para reconocer nuestra dependencia de Dios.

La identidad cristiana: ser antes que aparentar

La historia de Jesús y la higuera que no tenía fruto sirve como punto de partida para reflexionar sobre la diferencia entre apariencia y realidad. En la vida social se presupone que determinadas profesiones y responsabilidades están vinculadas a ciertas virtudes. Se espera que un juez sea imparcial, que un policía actúe con justicia, que un periodista busque la objetividad y que un soldado demuestre valor. Sin embargo, ocupar una posición o desempeñar una función no garantiza que esas cualidades se manifiesten en la conducta personal.

Algo semejante sucede con la identidad cristiana. Identificarse como hijo de Dios implica una relación que debe reflejarse en la manera de vivir. Realizar actividades religiosas, asistir a la iglesia, bendecir los alimentos o participar en determinadas prácticas no demuestra por sí mismo que exista una transformación interior. Estas acciones pueden convertirse en costumbres heredadas o hábitos mecánicos cuando no están acompañadas de una fe auténtica.

También es posible practicar el diezmo con una mentalidad comercial, esperando recibir una bendición a cambio de una aportación económica, sin que exista una relación genuina con Dios. Del mismo modo, una persona puede defender públicamente determinados valores y actuar de forma contraria a ellos en su vida privada. Estas contradicciones revelan la distancia que puede existir entre la identidad que proclamamos y la conducta que realmente practicamos.

La esencia de la vida cristiana no consiste únicamente en hacer cosas propias de un creyente, sino en permitir que la fe transforme el corazón. La pregunta fundamental no es solamente qué hacemos, sino quiénes somos ante Dios y cómo se refleja esa identidad en nuestras decisiones, nuestras relaciones y

nuestra manera de tratar al prójimo.

La verdadera alabanza y el peligro de la idolatría

El Salmo 135 critica la confianza depositada en los ídolos fabricados por manos humanas. Los describe como objetos de plata y oro que no pueden hablar, ver, oír ni respirar, y advierte que quienes los fabrican y confían en ellos terminan pareciéndose a aquello que adoran. Esta enseñanza invita a examinar las formas de idolatría que pueden aparecer incluso dentro de las comunidades cristianas.

La idolatría no se limita a las imágenes materiales. También puede manifestarse en la exaltación excesiva de líderes, artistas, músicos o figuras públicas, así como en la dependencia de determinados recursos, del dinero, de la música o del reconocimiento personal. Cuando estos elementos ocupan el lugar que corresponde a Dios, se convierten en el centro de la vida espiritual y desvían la atención de lo esencial.

En algunas iglesias existe la tendencia a utilizar estrategias de marketing, espectáculos y estímulos emocionales intensos para atraer a las personas o mantener su interés. La música, la puesta en escena y el ambiente pueden adquirir tanta importancia que la experiencia religiosa termina dependiendo de ellos. Sin embargo, una congregación llena de actividad no necesariamente está produciendo una transformación espiritual que se mantenga fuera del templo.

El mensaje cristiano se centra en la muerte de Cristo en la cruz, su resurrección, su segunda venida y la salvación que se encuentra en Él. Por eso, los métodos utilizados para comunicar el evangelio no deberían sustituir su contenido ni convertirse en el fundamento de la fe. El riesgo aparece cuando se confía más en las técnicas humanas que en la acción del Espíritu Santo.

Esto no significa que la preparación profesional, la excelencia musical o el conocimiento de herramientas psicológicas sean incompatibles con la vida cristiana. Un músico, un psicólogo o un psiquiatra puede ejercer su profesión con compromiso espiritual. La cuestión no reside en la profesión ni en los recursos utilizados, sino en la disposición del corazón y en el lugar que ocupan esos medios dentro del servicio a Dios.

La verdadera alabanza no depende de la espectacularidad de una actuación ni de la capacidad de llenar estadios. Una melodía sencilla puede tocar profundamente el corazón cuando nace de una relación auténtica con Dios, mientras que una ejecución técnicamente perfecta puede quedarse en una demostración de habilidad. La excelencia humana tiene su valor, pero no sustituye la sinceridad, la humildad ni la dependencia espiritual.

La dependencia de Dios frente a la confianza en los métodos

La experiencia de Landari, un misionero en Nepal que supervisaba cerca de dos mil iglesias y fue encarcelado por predicar el evangelio, ilustra esta idea. Durante su encarcelamiento, consiguió transmitir su mensaje utilizando una taza de metal para producir música y cantando un fragmento de un coro. El relato destaca que la eficacia espiritual no depende necesariamente de disponer de grandes recursos, sino de la confianza en Dios.

En la vida de las iglesias existe la tentación de buscar continuamente métodos nuevos cuando los resultados no son los esperados. Se importan modelos organizativos, sistemas de crecimiento y estrategias que han funcionado en otros lugares, con la esperanza de reproducir los mismos resultados. Sin embargo, los sistemas eclesiales, como los modelos G12 o las iglesias celulares, no pueden trasladarse automáticamente

de un contexto a otro sin considerar las circunstancias, las personas y las necesidades de cada comunidad.

El éxito de una iniciativa no depende exclusivamente de la estructura organizativa, sino también de la disposición de quienes participan, de su compromiso con las personas y de las particularidades del lugar donde se desarrolla. Cuando la atención se concentra demasiado en el crecimiento de la institución o en el reconocimiento de sus responsables, puede perderse de vista la realidad de quienes necesitan acompañamiento.

La Biblia advierte contra las repeticiones vacías, pero también anima a perseverar en la oración. La constancia es una virtud que aparece en la parábola de la viuda, donde la insistencia en la petición ocupa un lugar central. Por tanto, perseverar no es lo mismo que repetir mecánicamente una fórmula, ni depender de Dios significa abandonar toda responsabilidad o preparación.

La diferencia está en reconocer que ningún método garantiza por sí mismo un resultado espiritual. La oración, el servicio y el trabajo constante requieren compromiso, pero no deben convertirse en fórmulas que pretendan controlar la acción divina. La fe invita a trabajar con diligencia y, al mismo tiempo, a mantener una actitud de humildad ante aquello que no depende exclusivamente de nuestras capacidades.

Las relaciones profundas como fundamento de la comunidad cristiana

La vida de una iglesia no se mide únicamente por la asistencia a los cultos o por la cantidad de actividades que organiza. También se manifiesta en la calidad de las relaciones que se construyen entre sus miembros. Escuchar de verdad a una

persona requiere algo más que oír sus palabras: implica dedicar tiempo, conocer su historia y comprender las dificultades que atraviesa.

En ocasiones, quienes ejercen responsabilidades pastorales pueden escuchar los problemas de los demás sin llegar a conocerlos profundamente. La intercesión y el acompañamiento adquieren un sentido diferente cuando nacen de una relación real y no solamente del cumplimiento de una obligación religiosa.

Esta dificultad también aparece en la convivencia cotidiana de las congregaciones. Al terminar un culto, es habitual que las personas se agrupen con quienes comparten intereses o afinidades, mientras otras pueden quedarse aisladas. La comunidad cristiana está llamada a prestar atención a quienes no encuentran fácilmente un lugar en esos círculos y a evitar que alguien se marche sin haber experimentado una relación de acogida.

Las redes sociales han contribuido a extender una idea superficial de la amistad, en la que el número de seguidores puede confundirse con la existencia de vínculos significativos. Sin embargo, conocer a alguien implica profundidad, cercanía y una disposición a compartir la vida. La amistad genuina transforma la manera de actuar porque el cuidado del otro deja de ser una obligación externa y se convierte en una expresión natural del afecto.

Por eso, cultivar relaciones profundas dentro de la iglesia es una responsabilidad compartida. No basta con orar por alguien para cumplir con el papel de buen cristiano; también es necesario interesarse por su situación, acompañarlo en sus dificultades y reconocer su dignidad. Una comunidad que practica esta forma de cercanía ofrece un testimonio coherente de la fe que proclama.

La memoria histórica y el legado de las generaciones anteriores

El Salmo 135 recuerda los acontecimientos que marcaron la historia de Israel para que las nuevas generaciones conozcan las obras de Dios y aprendan a agradecerlas. Esta práctica de recordar tiene un valor especial para las comunidades cristianas, que necesitan transmitir sus experiencias sin depender exclusivamente de la fe de quienes las precedieron.

La memoria histórica no debe convertirse en una nostalgia que idealice el pasado o impida reconocer las posibilidades del presente. Aunque las generaciones anteriores vivieron circunstancias difíciles, las condiciones actuales también ofrecen oportunidades y recursos que antes no existían. El desafío consiste en aprender de quienes nos precedieron sin asumir que el futuro necesariamente será peor.

En España, la historia de las comunidades evangélicas incluye experiencias de persecución y dificultades durante el régimen de Franco. Muchos pastores tuvieron que afrontar situaciones adversas, y algunos llegaron a ser encarcelados por sus convicciones. Además, aproximadamente setecientos pastores se vieron afectados por la prohibición de cotizar a la Seguridad Social, una circunstancia que dejó a muchos sin pensión y generó dificultades económicas para sus viudas.

La falta de cotización no fue una decisión voluntaria de estos pastores, sino una consecuencia de las restricciones impuestas por el Estado, pese al trabajo que desempeñaban. Recordar estas experiencias permite reconocer el sacrificio de quienes mantuvieron su fe a pesar de la oposición social, religiosa y política.

Honrar a las personas mayores mientras están vivas es una forma de reconocer su perseverancia y aprender de su trayectoria. Sus testimonios permiten comprender mejor la

historia de la iglesia y descubrir que la fe no consiste únicamente en palabras, sino también en decisiones sostenidas a lo largo del tiempo.

La gratitud desempeña un papel fundamental en esta transmisión generacional. Recordar a quienes nos ayudaron, reconocer sus esfuerzos y valorar las oportunidades recibidas contribuye a construir una identidad más sólida. Las nuevas generaciones necesitan conocer estas historias para asumir sus propias responsabilidades y continuar escribiendo una historia colectiva de fe.

La masculinidad, la vulnerabilidad y las relaciones de pareja

La sociedad ha experimentado cambios importantes en la manera de comprender la masculinidad. Durante mucho tiempo se impuso un modelo rígido que impedía a los hombres expresar emociones, mientras que en la actualidad se presta mayor atención a la vulnerabilidad y a la fragilidad emocional. El desafío consiste en encontrar un equilibrio que permita reconocer los sentimientos sin renunciar a la responsabilidad, la fortaleza y el compromiso.

La propuesta es construir relaciones entre hombres y mujeres basadas en la armonía y en principios de respeto, evitando tanto el machismo como el hembrismo. Ninguna relación saludable debería sostenerse en la dominación, la descalificación o la incapacidad de reconocer las necesidades del otro.

También preocupa la fragilidad de algunas relaciones de pareja, en las que los desacuerdos pueden conducir rápidamente a amenazas de ruptura. La convivencia requiere paciencia, diálogo y voluntad de resolver los conflictos sin considerar cada dificultad como una razón definitiva para abandonar la relación.

De la misma manera, ante los obstáculos personales y sociales, existe la tendencia a buscar excusas externas que justifiquen la inacción. Las dificultades económicas, la falta de ayudas o las limitaciones administrativas pueden ser reales, pero no eliminan la importancia del esfuerzo, la perseverancia y la responsabilidad individual.

La madurez implica reconocer las circunstancias que no podemos controlar y actuar con determinación sobre aquello que sí depende de nosotros. Este equilibrio permite afrontar los problemas sin caer en la autosuficiencia absoluta ni en la dependencia permanente de factores externos.

Esperanza, identidad y transmisión del legado

La falta de perspectivas de futuro constituye una preocupación importante para la sociedad contemporánea. Las dificultades para acceder a una vivienda, la incertidumbre económica y los mensajes que presentan la formación de una familia como una posibilidad cada vez más lejana pueden generar desánimo entre los jóvenes. Cuando las personas sienten que no tienen un futuro que construir, resulta más difícil comprometerse con proyectos a largo plazo.

La esperanza está vinculada a la capacidad de imaginar un futuro, establecer objetivos y dejar algo valioso a las generaciones siguientes. Desde la perspectiva cristiana, Dios desea que las generaciones crezcan y avancen, y Jesús constituye el modelo que orienta ese desarrollo.

Es importante distinguir entre herencia y legado. La herencia se relaciona principalmente con los bienes materiales y las deudas que pueden transmitirse, mientras que el legado representa aquello que una persona es y comparte con los demás. Se construye a través de la convivencia, la educación, el ejemplo y las decisiones que influyen en quienes nos

rodean.

El legado no depende exclusivamente de tener hijos biológicos. También puede transmitirse mediante la adopción, la crianza, la amistad, el acompañamiento y la participación en una comunidad. La identidad de una persona se desarrolla en gran medida a través de las relaciones y de los espacios donde crece, aprende y encuentra referentes.

Cuando desaparece la sensación de tener una identidad sólida o de poder contribuir al futuro, puede surgir una crisis que dificulta la planificación a largo plazo. La desesperanza también aumenta la vulnerabilidad ante el aislamiento, la depresión y la manipulación política. Por ello, resulta fundamental ofrecer a las nuevas generaciones vínculos estables, referentes positivos y oportunidades para construir proyectos con sentido.

La fe cristiana propone mantener la esperanza incluso cuando las circunstancias parecen adversas. Esta esperanza no consiste en negar los problemas, sino en reconocer que la vida puede tener un propósito y que las decisiones presentes pueden contribuir a un futuro mejor.

La iglesia como comunidad de esperanza y transformación

La iglesia está llamada a ser una comunidad que transforme la realidad a través de la fe, el servicio y el amor al prójimo. Su importancia no reside únicamente en la institución, sus actividades o sus estructuras, sino en la presencia del Señor y en la manera en que esa presencia se refleja en la vida de quienes forman parte de ella.

Una comunidad cristiana puede tener defectos, contradicciones y excesos, por lo que es necesario mantener una actitud de autocrítica y reconocer que siempre existe algo que aprender y

mejorar. La autenticidad no consiste en presentar una imagen perfecta, sino en admitir las propias limitaciones y trabajar para que la conducta se acerque a los principios que se proclaman.

La acogida, la amistad y la armonía son elementos importantes de una iglesia que busca servir a los demás. Quienes se acercan a una congregación deberían encontrar un espacio donde puedan establecer relaciones significativas, compartir sus dificultades y descubrir una comunidad dispuesta a acompañarlos.

El testimonio cristiano no se limita a lo que ocurre dentro del templo. La transformación debe manifestarse también en el hogar, el trabajo, las relaciones personales y la manera de responder a las necesidades sociales. Si la conducta cambia únicamente durante las actividades religiosas, es necesario revisar la profundidad de esa transformación.

La labor pastoral, por su parte, debe permanecer vinculada al llamado de servir y anunciar el evangelio, sin reducirse a estrategias de marketing o a la búsqueda de reconocimiento. La preparación, los recursos y la organización pueden ser útiles, pero no sustituyen la autenticidad de la fe ni la necesidad de conocer y acompañar a las personas.

La gratitud consciente como forma de vida

El Salmo 135 invita a reconocer las acciones de Dios y a bendecirlo, incluso por aquellas situaciones en las que su intervención no resulta evidente. A lo largo de la vida, las personas atraviesan problemas económicos, enfermedades, peligros durante los viajes y dificultades en el trabajo. En ocasiones, solo después de que las circunstancias han pasado se comprende la importancia de aquello que se ha superado.

La gratitud permite mirar la propia historia desde una perspectiva más amplia. No se trata de afirmar que todo ha sido fácil o de ignorar el sufrimiento, sino de reconocer las ayudas recibidas, las oportunidades que surgieron y las experiencias que contribuyeron a nuestro crecimiento.

El salmista exhorta a todo Israel, incluida la casa de Jacob y la casa de Leví, a bendecir al Señor. Esta invitación alcanza a las personas independientemente de sus circunstancias o de las tareas que desempeñen. La gratitud no debería reservarse únicamente para los momentos de éxito, sino formar parte de una relación consciente con Dios.

Para evitar que la alabanza se convierta en una rutina, es importante detenerse a considerar el valor del día presente y recordar las experiencias por las que podemos dar gracias. Incluso cuando no somos capaces de identificar todas las situaciones de las que hemos sido librados, podemos mantener una actitud de reconocimiento y humildad.

Conclusión: vivir una fe auténtica, responsable y agradecida

El mensaje del Salmo 135 invita a recordar las obras de Dios, transmitir la memoria histórica y vivir con una gratitud que no dependa exclusivamente de las circunstancias. Frente a la fragilidad humana, las tragedias y la incertidumbre social, la fe propone una respuesta basada en la responsabilidad, la esperanza y el reconocimiento de nuestra dependencia de Dios.

La identidad cristiana no se demuestra únicamente mediante actividades religiosas, sino a través de una transformación que alcanza las decisiones, las relaciones y la conducta cotidiana. La verdadera alabanza no depende del espectáculo, de la excelencia técnica o del reconocimiento público, sino de la sinceridad del corazón y de una vida orientada hacia Dios.

Del mismo modo, una comunidad cristiana auténtica se construye mediante relaciones profundas, el cuidado de quienes atraviesan dificultades, el reconocimiento de las generaciones anteriores y la transmisión de un legado que vaya más allá de los bienes materiales. La gratitud mantiene viva la memoria, mientras que la esperanza permite mirar hacia el futuro sin quedar atrapados en la nostalgia o en el desánimo.

La invitación final es a continuar leyendo la Biblia y profundizando en su mensaje, entendiendo que es un libro vivo capaz de transformar la vida de quienes se acercan a él. Recordar, agradecer, asumir responsabilidades y vivir de acuerdo con la fe son pasos fundamentales para construir una vida cristiana coherente y una comunidad que refleje, dentro y fuera de la iglesia, los principios que proclama.